

Entrega de la Presea Sor Juana Inés de la Cruz a Fernando del Paso
Carmen B. López – Portillo R.
1 de marzo de 2018
Guadalajara, Jalisco

1. Del origen del amor por las palabras

De niños solíamos jugar a descubrir con mi papá la palabra más hermosa por su sonido, por su representación y por su significado. Cuando encontrábamos alguna que reuniera las tres cosas, las tres dimensiones de las palabras, lo festejábamos. Así, jugando, contándonos su historia, sus interrogaciones y certezas, aprendimos, por su palabra y por su ejemplo, a amar a México, a entender la riqueza y complejidad de nuestro mestizaje, testimonio de la polifonía de nuestras expresiones, entretejimiento de tiempos, de sonidos y expresiones. Oyéndolo, la imaginación se nos desbordaba. Conocí a Fernando en la voz de mi padre leyendo algunos párrafos de José Trigo “Una niña cristalizada, en el esplendor de sus abriles y se diría que insenescente, con iris translunares y bucles de tirabuzón... la niña se asombra de ver un mar de gente que se vuelve espuma allí donde revuelan los caireles columbinos de las pelucas espolvoreadas con luciérnagas”.

Sé que disfruto tanto de la escritura de Fernando, porque de alguna manera, en esos juegos infantiles estaba ya presente su semilla, la libre asociación de las ideas, el atravesamiento de los umbrales íntimos, la tangencia con otras realidades, la riqueza de la imaginación que ha iluminado nuestra vida.

2. Estefanía.

Dos figurines chinos que dan nombre a uno de los cafés más conocidos de París fueron testigos del primer encuentro con Fernando del Paso. El Deux Magots, ese café que cobijó la presencia de Rimbaud, de Verlaine, de Mallarmé, que vio pasar a tantos artistas, escritores, intelectuales, surrealistas, existencialistas, ese café de Saint Germain de Pres fue, durante todos los años que vivimos en París nuestro lugar de referencia, de lectura y de encuentro, el lugar del asombro y la palabra. Ahí, el 6 de noviembre de 1985 a las 6:30 de la tarde, sentados en una mesita exterior del café, Rafael y yo conocimos a Fernando del Paso. Ahora sé que él, como Estefanía, es uno de esos seres en los que uno puede mirarse de cuerpo entero, ahora sé que en el azogue de su lengua nuestra historia también se refleja en sus muchas dimensiones.

La corbata inaudita de Fernando tendió al instante un puente de humor entre los tres, la primera carcajada compartida tenía el color y los lunares de ese moño. Su voz me hipnotizó y a partir de entonces, seguramente como a ustedes, Fernando me sucedió, como me sucedieron luego sus palabras, los mundos posibles e imaginarios, los sueños como pensamientos dormidos, la sutileza

de todos los azules, sus ecos, sus reflejos, y entendí que la realidad es múltiple, que el universo son muchos universos, que las palabras pueden evadir la literalidad y salvar las dimensiones todas del yo o inventarlas, hacer que las ausencias tiñan el mundo, que la imaginación es una elección, el ejercicio extremo de la libertad, que el tiempo tiene cicatrices que nos devuelven la memoria y le dan sentido, que podemos dar cuenta de la vida traspasando la referencia exacta del tiempo y del espacio.

A través de sus monólogos y de manera intuitiva aprendí a descubrir un orden en las flexiones de la imaginación, su lenguaje cifrado, como jeroglífico, iluminó mi realidad y me rescató del silencio primigenio. Hablamos, nos hablamos, desde el umbral de esa primera tarde la amistad se anunció.

3. Palinuro

Al día siguiente Rafael entusiasmado le contó a Don Jorge Castañeda, embajador de México, nuestro encuentro y le expresó el interés de Fernando de vivir en París, trabajar en la embajada y escribir. Ante la preocupación de Don Jorge de que la SRE no le aceptara que Fernando ocupara la agregaduría cultural por no ser del servicio exterior, Rafael le respondió que en la dimensión del tiempo histórico pocas cosas podrían ellos hacer más importantes que cobijar a un escritor de la dimensión de Fernando. Por supuesto terminaron hablando de la trascendencia, seguramente intuyeron los universos paralelos y asumieron la responsabilidad que como servidores públicos tenían ante la lengua, ante la creación. Fernando y su familia llegaron pronto a Francia.

4. Carlota

Unos meses después, apenas más de un año, en la primavera de 1987 Rafael me llamó de la Embajada emocionadísimo para contarme que Fernando había terminado ya el monólogo de Carlota y que nos invitaba a su casa para leérselo. El sábado siguiente disfrutamos la exquisita comida que Socorro, santa Socorro, la compañera de Fernando, su cómplice, su escucha y su escriba, había preparado para festejarlo, y en la tarde, mientras Paulina distraía a mis hijos Rafael y a Leonora mostrándoles su colección de gomas de todos los tipos y formas, de todos los tamaños, motivos y colores, Fernando nos leyó el último monólogo de Carlota. Y ese día supe que a veces vale la pena perder la razón para salvar el mundo, para salvar al otro, para salvarnos de la violencia de una razón unívoca que fija la realidad y la encuadra, que aglutina un tiempo sin promesa, que define, mutila y simplifica lo que somos, lo que nos pasa, esa razón que reduce el mundo a una interpretación que uniforma, que cancela la posibilidad de la diferencia. Entonces y después, cuando leí Noticias del Imperio, entendí que Carlota perdió esa razón que se apropia del mundo, que disecciona la realidad y reduce la vida, y la encierra en compartimentos estancos. Carlota expresó en su locura todos los tiempos verbales, los tiempos probables e imposibles, “para recorrer – como lo escribió Fernando- el mundo y la historia, la verdad y la ternura, la eternidad y el sueño, el odio y la mentira, el amor y la agonía, libre, sí, libre y omnipotente” para hacer de la imaginación la loca de la casa, para recordarnos que “estamos hechos de tiempo – como lo afirma

Hume – y que nada sólido nos ata a esta tierra ni a nosotros mismos”; y que si estamos hechos de tiempo entonces la realidad primaria es la vida, y la verdad y las palabras no son algo que podamos separar de ella.

Carlota hace que nuestro ser se exprese en el caleidoscopio del tiempo que lo permite, oponiéndose a la construcción de permanencias, aceptando que el espejo no retenga la mirada, sabiendo que el sabernos sabiendo es instantáneo y una ilusión. Carlota perdió la razón para darle la razón a la vida, para dar razón de sus anhelos vitales, para darle cabida a lo posible a través de las dos dimensiones de vida con las que contamos: el amor y la palabra, no mediadora sino portadora de la expresión de la verdad que se cumple en la vida misma; la palabra como el medio que nos transporta al otro, animando lo inanimado, abriendo el lenguaje a los espacios plurales de lo real, sabiendo que lo que nos define es ese sustraernos a toda definición. El ser humano está atravesado por fuerzas que oscilan – como lo sostiene Carlota al describir a Maximiliano - de la generosidad a la inmisericordia, de la heroicidad a la ridiculez, de la valentía a la ingenuidad, que no somos siempre de la misma manera. Carlota, en su locura, no permite que el asombro se pierda a cambio de una seguridad inexistente. Su palabra nos abre a la riqueza que la imaginación posibilita, aceptando la contradicción insalvable que implica pretender vivir, de verdad vivir, y ser de una manera definitiva, así como la realidad se nos escapa en el devenir, en el paso del tiempo incomprensible, así la unidad de la persona huye indefinidamente, como una sombra que deseáramos abrazar.

La Carlota de Fernando hace de su dolor, íntimo recogimiento, que es como los griegos entendían el dolor. Carlota se explica desde ese estado sentido padecido, desde la diferencia que el dolor significa y gracias a la cual se es lo que es. Su dolor es el pathos de la diferencia que Carlota renuncia a cubrir, sacrificio del ser propio para salvar lo posible. Desde su dolor Carlota nace, amanece y se explica, se funda y funda su mundo en la palabra, en sus palabras se sostiene sobre el acontecer de su verdad. Carlota se atreve ahí donde desaparece todo fundamento, por eso Carlota habla desde el asombro y no desde el olvido, no desde el vacío sino desde el misterio. Carlota hace que su palabra surja en su soledad, en el temblor de su recuerdo y de lo que pudo ser, temblor que hace de la creación realidad, piedad del pensamiento. Carlota quedó en la suprema soledad de su destino para elaborar la verdad de su historia. Carlota aprendió a escuchar al otro para luego interpretar el sentido de su peregrinar, para abrir un espacio no estático sino lúdico donde arraigar su historia. Carlota asume la locura para crear un mundo posible, para hacer que la interpretación esté abierta a la complejidad de su ser, del ser del otro, de su historia compartida e inexplicable, para reivindicar un pasado deseado, ofrenda aceptada para salvaguardar al otro en toda su complejidad, para abrir su palabra, su memoria, su deseo, para que el otro fuera todo lo que pudo ser. Y es que Carlota es Maximiliano, es su amor y su espanto disfrazado, sus barbas y su carne empolvada, sus huesos y sus ojos azules “Yo soy tu ombligo, Maximiliano, colgado de la luna de Querétaro. ... yo, Maximiliano, soy tu historia y estoy loca”.

Y esa tarde de primavera supe que Fernando era Carlota y que yo también quería perder la razón.

5. La rosa enamorada de sí misma

El 31 de mayo de 1987 el Embajador Castañeda nos invitó a cenar a la embajada con los habitué y con Juan José Arreola y Fernando y Socorro del Paso. Cuando Arreola llegó y saludó a Fernando, descubrió en la bolsa de su saco el filo de unas hojas, las sacó, las desdobló y empezó a leer su contenido en voz alta, un soneto y otro más, una rosa y otra más,

Aplicada la rosa a su elegancia,
Se dedicó a estudiar rosicultura,
Aprendió la ecuación de su estatura
Y elaboró un teorema de su infancia

Y aun hizo más, la rosa, en su arrogancia:
Se doctoró en su propia arquitectura,
se aprendió de memoria su hermosura
e hizo una tesis sobre su fragancia

Así quedó la rosa cultivada
Tonta de tanta alambicada ciencia,
De tanto teorizar sobre sí misma.

Sola quedó la rosa, enajenada
En el prisma de turbia transparencia
De un perfumado y pálido sofisma.

Y después de los sonetos a la rosa, los sonetos marianos,

Media naranja mía, dulce piña.
Ave María frutal, tierna manzana,
Brevia de la pasión, uva lozana,
Tamarindo del sol, silvestre viña.

Ave frutal, María, ácida niña.
Pomarrosa del viento y la mañana,
Cereza azul, guanábana temprana,
Fruta del mar, del cielo y la campiña:

Quiero morder y remorder mi culpa
En esa carne que al creador le plugo
Labrar en surco para mis semillas,

Y en sus mojados gajos, en su pulpa,

Quiero el alma exprimir, vaciar mi jugo,
Para morir de amor y de rodillas.

Muda me quedé, conmovida y lagrimosa y guardándome la pena le pedí a Fernando que me regalara los sonetos. Unos días después y dedicados, me los mandó con Rafael. Los conservo cerca como conservo en mi buró unos frasquitos de aguas de colores y perfumes que Socorro me regaló cuando me despedí de ella antes de regresar a México después de esos 1800 días, de las 43200 horas que vivimos en París, en el París de la infancia que extraño de mis hijos. En esos diez frasquitos, concentrados estaban los buenos deseos de Socorro para que yo pudiera convocar el amor sin fin, el triunfo, la suerte, la fuerza de los sentidos, el éxito y alejar el mal con agua de colores. Estoy segura que esos frasquitos han salpicado mi vida de bendiciones. Y hoy, a 31 años de distancia, habiéndonos pasado tanta vida, quiero devolverle a Socorro una de las botellitas para que la acompañe y también la salpique, para que sepa que ahí, en esa agüita de color naranja flota el tiempo y la vida compartida, el cariño entrañable por ella, por Fernando, por sus hijos.

6. Una historia posible

Antes de regresar a México le pregunté a Fernando qué escribiría después y me dijo que quería contar la historia de dos amigos, me contó la trama, dos amigos entrañables, uno moría accidentalmente y el otro se empeñaría cada noche en recuperar su vida, soñando.

Algunos años después le pregunté a Fernando si escribiría esa historia, me contestó que no la recordaba. Ojalá Fernando algún día recupere para nosotros, como antes con la locura, la realidad soñando.

Y hoy, como cada vez que lo leo, quiero festejar que Fernando hable, bostece, ría, sueñe, mastique, escriba en español, esa lengua que él ha enriquecido e inventado; que la haya defendido de los muros y de las razones, que se haya enfrentado como Teseo al poder igualador de Procusto, que le haya dado alas y colores, que la haya liberado a carcajadas. Estoy segura que en alguna de las dimensiones que se pliegan en este universo o en otro, Sor Juana festeja que esta presea sea hoy para Fernando. Fernando es, como en su momento lo fue la musa, uno de los creadores más importantes del español y para la comunidad del Claustro es un honor poderle entregar hoy la Presea Sor Juana Inés de la Cruz.